

História Unisinos

E-ISSN: 2236-1782

efleck@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

González Sánchez, Carlos Alberto
Abismos de la memoria: escritura y descubrimientos oceánicos. Una aproximación
metodológica
História Unisinos, vol. 18, núm. 2, mayo-agosto, 2014, pp. 196-205
Universidade do Vale do Rio dos Sinos
São Leopoldo, Brasil

Disponível em: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=579866789011>

Abismos de la memoria: escritura y descubrimientos oceánicos. Una aproximación metodológica

Memory gaps: Writing and oceanic discoveries. A methodological approach

Carlos Alberto González Sánchez¹

calberto@us.es

Resumen: Este artículo es una reflexión metodológica sobre el protagonismo de la escritura en la expansión atlántica europea de los siglos XV y XVI. Los relatos escritos de descubridores y conquistadores de los nuevos mundos, pese a ser una fuente habitual, si son examinados desde puntos de vista diferentes a los tradicionales, pueden ofrecernos un panorama muy útil de su valor comunicativo. Sobre todo si nos centramos en indicios que subyacen en estos relatos fundamentales para la mejor comprensión del fenómeno.

Palabras claves: escritura, descubrimientos, historiografía.

Abstract: This article is a methodological reflection on the important role of writing in the Atlantic European expansion during the 15th and 16th centuries. The written accounts of discoverers and conquerors of the new worlds, despite being a usual source, can give us a useful outlook about their communicative capacity if we examine them from points of view other than the traditional ones. This is particularly so if we focus on clues underlying these important accounts for a better understanding of this phenomenon.

Keywords: writing, discoveries, historiography.

El relato de una aventura fascinante

El descubrimiento y conquista de nuevos mundos fue uno de los grandes acontecimientos del Renacimiento, una época de cambios impactantes, entusiasmada con sus invenciones, ávida de novedades y de saber más sobre el universo.² Aquella promoción de Occidente, una ofensiva frente al Oriente, desencadenó una inusitada curiosidad hacia lo alejado, exótico y desconocido, los móviles que hicieron posible la ruptura de unas fronteras geográficas, hasta entonces insalvables, en las que los antiguos proyectaron un cúmulo de anhelos, esperanzas y miedos. Descubrir era viajar, un proceso vital que ofrecía a su artífice la posibilidad de presenciar y conocer el mundo exterior, al menos desde una percepción individual o subjetiva que, a la vez, experimenta la inevitable transformación mental inherente al contacto con realidades al margen de lo

¹ Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla, España.

² Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto I+D+I Inquisición, cultura y vida cotidiana en el Mundo Hispánico (siglos XVI-XVIII), Ref. HAR2011-27021, del Ministerio de Economía y Competitividad.

cotidiano. El viaje, en suma, está en la génesis de la expansión europea, y, siguiendo a Gruzinski (2010, p. 15), es obra de los agentes de la movilización universal que se inicia en el Renacimiento, la que los convirtió en unos prominentes e internacionales mediadores culturales o “passeurs culturels” de la globalización o mundialización que iniciaron los países ibéricos.³

La curiosidad, las ansias de cosas diferentes, ventura y gloria duradera, junto a los deseos de poner en fuga la trivialidad cotidiana, son los fundamentos prioritarios del *homo viator* renacentista. La experiencia de unos, los primigenios, contagia a otros. Muchos, a la vuelta de unas jornadas propias de encantamientos y hechizos, contaron lo que vieron; pero se dieron cuenta que la palabra es huizada y manipulable, no fija ni guarda nada en la memoria ajena, se pierde, normalmente desvirtuada, en el eco de la eternidad. No en vano decía San Ignacio de Loyola (1491-1556) que lo que se escribe interesa más que lo hablado, queda y siempre da testimonio. Y el humanista milanés, llegado a la corte de los Reyes Católicos, Pedro Martir de Anglería (1457-1526) afirmó que “Mis escritos en cambio, incultos, inútiles y triviales, que además de servir de cantera a los escritores de la posteridad no han de pasar inadvertidos, permanecerán para siempre” (Anglería, 1953, I, p. 37).

La escritura, mediadora entre los procesos mentales y las acciones de los individuos, vino a ser el remedio de las insidias de la oralidad, el instrumento de la representación de secuencias que se ven muy lejanas en el espacio y en el tiempo. Ya a principios del siglo XVI, el filósofo alemán Enrique Cornelio Agripa (1486-1535) decía que “la expresión última de la mente es la escritura”, y de la voz, la palabra, la oración y el lenguaje; en consecuencia concluye: “lo que no se expresa tampoco se escribe” (Cornelio Agripa, 1992, p. 270). Estas perspectivas intensifican la subjetividad y, al mismo tiempo, como señala Ginzburg (2000, p. 183), exhiben todos los obstáculos propios de la distancia intelectual frente a la proximidad, o la identificación, emotiva. El distanciamiento, el temporal más que el espacial, siempre acrecienta la admiración y estima hacia los sucesos vividos.

Los que pudieron, pues, dejaron por escrito, a partir de apuntes tomados *in situ*, o del recuerdo sin más, sus vivencias y memorias personales de unos hechos insólitos y extraordinarios, unas autobiografías *sui generis*, aunque selectivas, que los entendidos en la materia denominan “ego-documentos” o “discursos de vida” (Amelang, 2005, p. 15); las fuentes de unas posibles “connected histories”, o “stories” (Subrahmanyam, 1997), que vinculan dos mundos

diferentes y conectados a la vez, un magnífico cauce para la tan demandada y polémica historia comparativa. Esta práctica les ayudó, a ellos en primer lugar, y a los demás, a aprehender unas tentativas fabulosas y difíciles de asumir con el utilaje mental y los referentes simbólicos de los que disponían. El escrito, así, revela, certifica y garantiza la verdad individual de lo sucedido, perpetuándola, a la vez, en la conciencia infinita de la comunidad. Los viajeros (heroicos descubridores, conquistadores, guerreros, mareantes, pasajeros, mercaderes, agentes del Rey y de la Iglesia), de esta manera, se autoafirman, se exaltan y hacen valer sus adversos avatares y el fruto de sus arriesgadas iniciativas, para, a la larga, obtener reconocimiento, fama y premio, en el presente y en la posteridad.

Escribir el viaje fue una decisión personal de sus ejecutores; mas también una obligación que impuso el gobernante a quienes emprendieran acciones variopintas bajo su tutela, entre los que van a desempeñar una misión esencial navegantes, militares, religiosos y mercaderes. Las autoridades, ante unos sucesos demasiado distantes y fuera de su control inmediato, pronto asumieron el valor de la escritura como vía de una información más o menos sistemática e indispensable para un ejercicio del poder de mayor eficacia y centralización. Por ello, los reyes y demás mandatarios, desde el principio, exigieron a los que viajaban a sus órdenes puntuales relaciones o memorias escritas, y verificadas, de cuanto acaeciere, oyeren y vieran durante el desarrollo de las empresas estipuladas. Esta decisión regia dio lugar al trasiego, en una u otra dirección, de cartas, crónicas, informes, relatos, memoriales, órdenes, mapas y una documentación diversa, entre el Viejo y los nuevos mundos. Una suerte de incipiente globalización informativa capaz de menguar las incertidumbres de las decisiones, consecuentes y oportunas, que un correcto ejercicio de la política exigía. En lo sucesivo, incluso, comprobarían que el dominio y monopolio de estos instrumentos gráficos noticiosos sería una de las armas de mayor efectividad en el sometimiento y asimilación de las tierras y poblaciones autóctonas halladas al otro lado de los océanos.

Los europeos del Quinientos, gracias al enorme cúmulo informativo que lograron reunir de los novedosos continentes, de las abismales fronteras superadas, pudieron imponer su hegemonía en la Tierra y estructurar los imperios coloniales de la Modernidad⁴. Aunque no menos determinante, en una época preindustrial, fue la, a nuestros ojos, impresionante y diligente circulación, jamás vista, de hombres y noticias a escala planetaria, el principio de la mundialización actual. De ahí que Pedro Martir de Anglería (1953, I, p. 356), el primer historiador de lo

³ Las ideas de Gruzinski han sido una guía e inspiración fundamentales en la recreación de estas premisas. Pero tampoco estaría de más volver a recuperar a un gran teórico, a quien tanto debemos, de la comunicación y la globalización como es McLuhan (1998).

⁴ Una investigación de este cariz, con óptimos resultados, pero referida al Mediterráneo, es la que lleva acabo Sola (2005).

que él denominó Nuevo Mundo, sin moverse de España y gracias a las nuevas que recibía de los acontecimientos ultramarinos, tuviese la impresión de “estar recorriendo el mundo entero”, e imaginar “ser en la Corte un ciudadano universal, porque aquí estudio a fondo cuanto sucede en la redondez de la tierra”.

Este fenómeno, en el mundo ibérico, precipitó una sucesión constante de descubrimientos y, acto seguido, una expansiva dominación militar, política y económica en el mundo. La acumulación de nuevos saberes e información, de todo tipo y origen, y el continuo tráfico de seres, objetos, mercancías y creencias. En semejante movilización universal, además, se distinguen consecuencias de gran impacto como la generalización de mestizajes vinculada con el tránsito de conocimientos, prácticas e imaginarios, una de las causas del enfrentamiento de modos de vida, tradiciones y sistemas de pensamiento diferentes que este proceso occasionó.

La mejor comprensión de todos estos flancos es- criturarios de la expansión europea es el fin de las páginas que siguen, interés que se complementa con el imaginario de la cultura gráfica (escritura y lectura) apreciable en las fuentes manejadas. De este modo nos vamos a introducir en el piélagos de nuevas fuentes de carácter privado, y de naturaleza escrita, que los historiadores, cada vez más, rescatan del olvido. No podría ser de otra manera enfrentándonos a un tiempo en el que la escritura y los documentos personales empiezan a ser circunstancias comunes, cotidianas, en uso progresivo y no atípicas. El ensanche de su necesidad, funciones y márgenes sociológicos se traduce en la ingente cantidad de los documentos personales llegados hasta nuestros días, el resultado, como señala el sociólogo Plummer (1989, p. 15), de un mundo moderno repleto de diarios, cartas, informes, biografías, memorias, epitafios, inscripciones murales y grafittis. En última instancia no son más que medios de autoafirmación y de hacerse presente en una existencia en la que irrumpen el individualismo y las secuelas de una progresiva información masiva, día a día más necesaria y urgente; de ahí que el historiador los vea como expresiones simbólicas merecedoras de atención, comprensión y explicación.

El eje documental de la labor realizada, por tanto, lo conforman cartas, crónicas, diarios, memoriales, informes y relaciones de descubridores, conquistadores, navegantes y viajeros en general, textos subjetivos, en principio sin vocación literaria, que sólo intentan contar, comunicar, de manera espontánea y “fiel” a la realidad, determinadas vivencias. Demostrar la veracidad de lo experimentado, de lo acontecido en suma, justifica su escritura. Si bien, aquellos hombres no suelen transmitirnos de una forma consciente y directa, porque no son sus intenciones, el diverso y relevante protagonismo que la cultura gráfica

desempeñó en la expansión europea. Ello explica que la búsqueda de la información pertinente haya sido una labor cinegética, o detectivesca, arriesgada y complicada. Una empresa en pos de escuetas huellas, indicios y rastros, la mayoría de las veces huidizos y camuflados entre alusiones tangenciales y los recursos y tópicos retóricos de un discurso difícil de digerir a partir de la lectura sesgada que esta vía interpretativa me impuso.

El hallazgo y seguimiento de las pistas oportunas es, claro está, una premisa de un método basado en lo secundario, en datos marginales considerados reveladores y en el que, como defendiera Ginzburg (1994, p. 138), detalles triviales en apariencia pueden proporcionar la ruta acertada hasta el horizonte de toda una tradición cultural, expresada a través de alusiones automáticas o impulsos que escapan del inconsciente de los escritores; es decir, del complejo medio mental y natural donde viven y que, según sus síntomas, pretendo diagnosticar y conocer mejor. Por ser testimonios excepcionales de la Europa renacentista, periodo de tiempo que he delimitado, de acuerdo a la dimensión diacrónica del fenómeno abordado, en su cronología más extensa, o sea, desde mediados del siglo XV a principios del siglo XVII, la era de los descubrimientos.

Después de indagar en la bibliografía disponible, comprobé que dichos testimonios sólo de una manera tangencial han sido utilizados para apreciar la importancia de la cultura escrita como expresión de la experiencia, individual, viajera renacentista, del medio de comunicación y gobierno de los incipientes estados nacionales de la época, y de representación de prácticas culturales e intelectuales. En esta línea, O’Gorman (1958) empleó las crónicas de Indias para hacer de América una invención de los europeos; Rama (1984), parcialmente, destacó el papel fundamental de la escritura en la administración hispana del Nuevo Mundo y en la génesis de lo que él denomina la *ciudad letrada*. Todorov (1987), por su parte, apuntó que el secreto del rápido dominio europeo de las Indias está en la precedente conquista y monopolización de la información que allí llevaron a cabo los españoles.

En todos estos recovecos incidiremos en los capítulos específicos que componen este artículo. Intentaré tener en cuenta, pues, haciendo caso a Roche (2003), los lugares y clichés identificadores que engloban a hombres y paisajes lejanos. La visión particular que ofrecen cartas y relaciones de los viajes en cuestión, el retrato que de sí misma fabricó la sociedad del Antiguo Régimen, donde contemplamos lo que entonces era lícito mostrar. Ausentes están, en cambio, cosas consideradas banales, demasiado habituales, reprobadas, técnicas y tediosas.

La mayoría de los textos empleados -aunque en su tiempo, por razones políticas, permanecieron inéditos- refieren el acontecer de travesías marítimas y recorridos

terrestres necesarios y previos a un objetivo concreto, ya sean exploraciones geográficas, campañas militares, expediciones de reconocimiento, misiones religiosas y gubernamentales o la colonización de las regiones ganadas. En cualquier caso, no dejan de adquirir cierta importancia las experiencias vividas en el mar, aunque el protagonismo indiscutible es de los escritos relativos a las andanzas por las tierras de los nuevos continentes. Con ello contradicen a Francis Bacon (1561-1626), quien en su ensayo *De los viajes* (1612) dice que “es cosa extraña que en los viajes por mar, donde no hay nada que ver más que cielo y mar, los hombre suelen llevar diarios; pero en los viajes por tierra, donde hay tanto que observar, en su mayor parte los omitan”. Unos relatos, en fin, que, como dictamina Burke (2000, p. 127), bien manejados pueden generar una de las fuentes más elocuentes de la historia cultural.

En efecto, no parece haber hoy un campo historiográfico más innovador que la historia cultural. Sorprendentes y polémicos son sus avances y propuestas, que, además de las tradicionales (literatura, arte, pensamiento), abarcan ámbitos tan sugerentes como la vida cotidiana, la cultura material, medios de difusión intelectual, ideologías, la escritura, la lectura... Un variopinto elenco de opciones que obliga a sus investigadores a mantener un permanente diálogo con otras disciplinas académicas afines. Pero, sin duda, ha sido la cultura escrita una de sus vertientes que más entusiasmo ha generado entre los investigadores adeptos a la causa de las tres últimas décadas; en buena medida recoge muchas de las novedades y planteamientos metodológicos de la nueva historiografía.

Si bien, hasta hace poco, las miradas se concentraban en la vana pretensión de clasificar y medir el escrito como instrumento de comunicación, desprovisto de cualquier implicación con las sociedades que lo han usado a lo largo del tiempo. Se insistía, en particular, en una concepción descontextualizada y desde parámetros gráficos y mecánicos que obviaban las derivaciones que comporta como sistema de comunicación. Es necesario, por tanto, tomar conciencia de sus potencialidades y de los sistemas que prevalecen en cada sociedad (Goody, 1996, p. 13). Desde esta perspectiva, la escritura adquiere sentido en cuanto categoría de un análisis histórico orientado hacia el estudio de las consecuencias sociales y culturales derivadas de su implantación y extensión. De este modo, en tanto que práctica social, nos obliga a construir, a partir de los propios testimonios escritos, su significado y las prácticas de las que ha sido objeto en el marco espacio-temporal de referencia.

Una de las inquietudes primordiales de los individuos ha sido la comunicación de sus vivencias, porque siempre ha prevalecido en ellos una imperiosa necesidad de detener el tiempo, representarse a sí mismos y perpetuar

en la memoria de la comunidad las experiencias y noticias consideradas dignas de recordar y de ser guardadas en instancias imperecederas, para que fuesen objeto de admiración, encomio y reverencia; o, simplemente, ponerlos al alcance de curiosos e interesados. Ya los clásicos, según advierte Foucault (1990, p. 62), relacionaron el conocimiento y cuidado de sí con una constante actividad literaria. Uno mismo era tema primordial de la literatura, algo de lo que había que escribir y que llegaría a ser una de las tradiciones occidentales más antiguas. Todo ello implicaba una nueva experiencia del yo que gira en torno al acto de escribir.

El relato oral, el más común, sucumbe ante el implacable poder del olvido, relegando a un segundo plano una de las metas esenciales del empeño: la victoria sobre la nada, el triunfo del ser frente a los funestos dardos de la muerte. De ahí que la escritura, una práctica en esencia prodigiosa, un ardid pleno de misterios inextricables, viniere a romper las defensas de la soledad de la existencia y, en cualquier caso, de la eternidad. Escribir es una forma de hacer más prolongada y menos efímera la edad del hombre, todo ello dentro de un orden cuya razón de ser no es otra que su única meta: un lector, la vida en suma a través de un diálogo.

El escrito, para no ser letra muerta, siempre busca un receptor o intérprete de quien se esperan respuestas y el ensanche de los márgenes del recuerdo. El lector da voz al silencio de la escritura, a la experiencia interior del autor plasmada en un texto que se ha independizado de él. Lledó (2000, p. 55) resuelve el dilema de la manera siguiente:

La escritura permite que cada individuo de esa colectividad empiece a constituirse como tal individuo, a ser sujeto individual y miembro de un estamento más amplio donde se entienden y comunican esos individuos que son, por ello, capaces de convertirse en partes del dēmos, elementos de la pólis.

Hay circunstancias vitales que de una manera especial impulsan la afirmación del yo, el encuentro con uno mismo y la comunicación escrita de los acontecimientos personales tanteados, destacando en esta disyuntiva los viajes a lugares lejanos y exóticos. Más todavía cuando los periplos tienen destinos inciertos y se desenvuelven alrededor de lo desconocido; es decir, entre espacios y especímenes extraños difíciles de aprehender y dominar con el utilaje intelectual del que se dispone (Chartier, 2000, p. 137).

Así les ocurrió en la vieja Europa, desde el siglo XIII, a intrépidos viajeros (frailes, mercaderes, embajadores, guerreros, navegantes) lanzados a la búsqueda de las bondades y quimeras del Oriente a través de antiguas

y nuevas rutas marítimas y terrestres. Gentes, testigos de unos hechos extraordinarios, que dieron a la posteridad unas fantásticas crónicas de las cosas más notables que experimentaron, centradas en el relato derivado de la observación del medio vivencial antes que en una secuencia autobiográfica. No obstante, estas narraciones tendrán una interesada y diversa finalidad: la fama, el premio de las autoridades, o la exaltación de hazañas únicas e irrepetibles, cuyo mérito individual debe inmortalizarse en las mentes ajenas presentes y por venir; pero, simultáneamente, el poder las recibe como una valiosa fuente de información capaz de dar eficacia a un gobierno que pretende ser cada día más coactivo y racional, premisas garantes de su objetivo principal: el control de la sociedad, de su conciencia y materialidad.

Ver, oír, narrar

Viajar despierta la curiosidad, eleva el conocimiento y, a la postre, predispone el tener algo que contar a los demás; preferentemente, en un tiempo en el que el descubrimiento de nuevos mundos, la fragmentación de la Cristiandad, la aparición del “Estado Moderno” y los desgarramientos sociales precipitan otras funciones de la escritura y la palabra, que se pondrán a prueba como instrumentos de la representación y simbolización de hombres y culturas diferentes. Estos nuevos usos se detectan en los documentos de la época, sobre todo en los relatos de viajeros, textos cuyo fin era dar sentido al desconcierto provocado por el encuentro con una realidad distinta y lejana, que se describe para luego ser imaginada y transformada. Como fruto de la conciencia moderna, son parte de una práctica escrita que conlleva el retorno a uno mismo y la intención de fijar y preservar la *verdad* de lo observado (De Certeau, 1999, p. 203).

No en vano, O’Gorman (1958) creyó que América, antes de ser una realidad, fue una prefiguración fabulosa de la cultura europea, en unos momentos en los que los cuentos medievales y los recién recuperados clásicos greco-latino animan los deseos de riqueza y fama, y, dada la naturaleza competitiva de los estados europeos, de la extensión del cristianismo frente a la presión islámica. Los fines últimos de la humanidad, en la conciencia común, se van diluyendo en los horizontes que abren navegantes y conquistadores, artífices del triunfo de una nueva sensibilidad, regida por la razón y la experiencia, que despierta los sentidos y sus efectos inmediatos.

Humanismo y Renacimiento late en este vuelco de los conceptos de realidad y naturaleza, una diferente

teoría del conocimiento que fluctúa desde las ideas *a priori* a lo empírico, haciendo de la experiencia personal el más fiable criterio de autoridad.⁵ Aristóteles está detrás del proceso, y, también, el misticismo de San Francisco de Asís, desplegado en una teología naturalista de la creación. En un universo lleno de realidades abstractas, se busca una pauta de lo verdadero inapelable y que supere la desconfianza en los sentidos como medio de conocimiento, incluso aplicado a fenómenos tangibles (Shapin, 2000). En principio, prevalece la adquisición de la verdad por uno mismo, observando las cosas y sin prestar atención a las autoridades tradicionales o a las palabras de otros; aunque los testigos de los hechos podían mentir o ser presa de engaños, circunstancia que, en los sucesos relatados, provocaría la confusión entre lo ordinario y lo anómalo. Algo de razón tiene el refrán que dice “quien a tierras lejanas va, si antes no mentía mentirá” (López Estrada, 2003, p. 21); de ahí la necesidad de matizar la información.

Más certero estuvo Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) diciendo que

la cosa que más conserva y sostiene las obras de natura en la memoria de los mortales, son las historias y libros en que se hallan escritas; y aquéllas por más verdaderas y auténticas se estiman, que por vista de ojos el comedido entendimiento del hombre que por el mundo ha andado se ocupó en escribirlas, y dijo lo que pudo ver y entendió de semejantes materias (Fernández de Oviedo, 1978, p. 43).

La opinión de Oviedo nos sitúa ante el paulatino desarrollo de la conciencia histórica, un poderoso motor de renovación que exalta el voluntarismo, el ingenio, la astucia y el riesgo en una hazaña, distante del Medievo y de inspiración clásica, que, sorteando a la muerte, busca la gloria y la fama. Esta autoafirmación individual en los grandes logros, perpetuada en la memoria de las generaciones venideras, sólo era posible desde una muy alta valoración de lo humano. Su fundamento perdurable es la *virtus*, la condición indispensable de la hazaña y la fama, siempre en tensión con la caprichosa fortuna; pero la segunda pierde toda su eficacia frente a la primera y a unos temerarios descubridores y conquistadores que buscan notoriedad en la aventura de lo desconocido. Este afán de eternizar el triunfo personal y colectivo propicia el desarrollo y revalorización de la historia.

La historiografía renacentista otorga un primer plano a la labor del historiador, escritor que logra la fama rescatando del olvido las hazañas ajenas, dejando

⁵ Una original interpretación del Renacimiento, basada en la dimensión que alcanzan los bienes mundanos, en especial los exóticos, entre las élites sociales, es la de Jardine (1997).

constancia de que, gracias a él, las conocerán los hombres del mañana. Esta actitud despunta en las crónicas y relaciones de Indias, discursos modernos y originales sobre unos hechos grandiosos y novedosos en los que la realidad supera a la imaginación y a cualquiera de las ideas preconcebidas al respecto. Pedro Cieza de León (1518-1554) reafirma que

conviniera que las escribiera un Tito Livio o Valerio, o otro de los grandes escritores que ha habido en el mundo; y aún éstos se vieran en trabajo en lo contar; porque, ¿quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son, las sierras altísimas y valles profundos por donde se fue descubriendo y conquistando, los ríos tantos y tan grandes... ¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? (Cieza de León, 1985, p. 38)

De menor agudeza y acierto no es el juicio de un alcalde de corte y justicia mayor de Cuzco, el doctor Gabriel de Loarte (+1576), en 1572, que proclama algunas de las diferencias y semejanzas fundamentales entre civilizados y bárbaros, ambos, estados en continua de necesidad de eternizarse mediante grafías; por ello escribe:

Si el cuidado y diligencia de poner en las republicas el origen y fundamento de las hechas y hazañas de los que la fundaron y ganaron esta tan aprobado por todos los historiadores griegos y latinos y admitido comúnmente en todas las naciones del mundo ansi para conservar la memoria de los hombres como para animar a los descendientes y subcesores para hacer obras y hechos heroicos señalados como lo hicieron sus antepasados lo qual no solamente a usado la gente que a tenido doctrina y policia humana letras y medios faciles para ello pero todos los barbaros a quien les falto lo uno y lo otro por instinto natural an buscado con pinturas y señales (Loarte, 1924, VII, p. 117).

Cartas, crónicas, diarios y relaciones de viajes conforman una sección *sui generis* del género autobiográfico de la Edad Moderna. Son “textos de vida” que, a través de la escritura, tienen como fundamento el recuerdo, la ordenación y conservación de las peripecias vitales. En ellos el sujeto se distancia de los acontecimientos a la hora de narrar los sucesos acaecidos en el tiempo vivido, actualizados mediante el escrito. El viajero, a la vuelta, consciente de su condición humana -su verdadero equipaje-, con el relato racionaliza y transmite una experiencia objetiva y verificable, fruto de una predisposición subjetiva y de la nostalgia. Toda vivencia implica horizontes anteriores y posteriores que se funden con las experiencias presentes

de antes y después. Estos límites abren el camino del viaje y siempre acompañan al artífice del mismo.

Aquellos hombres, escribiendo, dialogan consigo, detienen y prolongan el tiempo; es decir, evocan la memoria del pasado con el fin de indagar, crear, comprender y fijar para siempre sus andanzas. Pedro de Navarra, hacia 1569, en sus *Diálogos de la diferencia del hablar al escribir*, asume el valor dado a lo escrito, frente a la palabra, en la época:

que la palabra no dura más de quanto es pronunciada, pero la escritura todo el tiempo que fuera conservada; y la palabra, si se oye, no se ve, pero la escritura se ve escrita y se oye, si es leyda, e la palabra no se comprende sino de cerca, pero la escritura se haze sentir en cabo del mundo (De Navarra, 1569, p. 63).

Y, de nuevo y más relacionado con nuestra trama, Cieza de León (1985, p. 39):

El antiguo Diodoro Siculo, en su proemio, dice que los hombres deben sin comparación mucho a los escriptores, pues mediante su trabajo viven los acaescimientos hechos por ellos grandes edades. Y así llamó la escriptura Cicerón testigo de los tiempos, maestro de la vida, luz de la verdad.

La meta no era otra que navegar mares desconocidos, descubrir otros mundos, hallar seres humanos extraños, observar una fauna y una flora diferentes; superar la mítica frontera para así acceder a honras, prodigios y cornucopias, al paraíso en suma (Delumeau, 2004, p. II). No es fortuito que tal cúmulo de extraordinarios sucesos se produjera en una época entusiasmada con la novedad, plena de primicias y en la que los hombres, queriendo emular a los antiguos, hicieron valer la sentencia *omnia nova placet*. El Atlántico es el abismo entre lo viejo y lo nuevo (Elliott, 2006); a juicio de Jean de Léry (1534-1611), hugonote francés estante en el Brasil de mediados del Quinientos, el otro lado de la frontera donde “todo lo que allí se ve, ya sea en la manera de vivir de los habitantes, en la forma de los animales, y en general en todo lo que produce la tierra, es diferente de lo que tenemos en Europa, Asia y África” (De Léry, 1927, p. 83).

Aquella *mar océana*, desde el imaginario occidental, realzaba la distancia, geográfica e intelectual, entre el mundo conocido y los que se estaban descubriendo, un *limes*, difícil de aprehender para los europeos, generador de ilusiones y victorias espirituales y materiales. Foucault (1984, p. 46) vería en él una de sus heterotopías, o sea, un espacio real, mágico y extraño al mismo tiempo, en tanto que incomprensible y, a la vez, capaz de resolver algunas

de las grandes incógnitas culturales de la vieja Europa. Sólo el escrito podía dar sentido y construir esta nueva experiencia, porque hacía parecer semejantes las palabras y los objetos que expresan; lo oral, en cambio, era el acto de hablar sin saber. El tránsito de la oralidad a la escritura compromete las estructuras sociales, económicas, políticas, religiosas, mentales e intelectuales de cualquier sociedad; sin embargo, la segunda nunca puede prescindir de la primera. Leer un texto, en voz alta o en silencio, es siempre una manera de transformarlo en sonidos (Ong, 1987).

La desenfrenada búsqueda de rutas oceánicas, confines continentales, quimeras y tesoros generó un inusitado piélagos de aventuras y trances vitales, muchas veces más fabulosos que los narrados en los entonces muy exitosos libros de caballerías. La perplejidad de sus protagonistas les llevó a creer que todo era resultado de embeleco u otras artes del demonio; o de la melancolía inherente al distanciamiento de los quehaceres cotidianos. Una suerte de maléfica tristeza sin causa y de facultad imaginativa de la que todos temían un perverso síntoma: la incapacidad de distinguir entre lo natural y lo sobrenatural. Pero siguiendo la estela de la Antigüedad y de otros que les precedieron, los protagonistas de la aventura oceánica, cautelosos con las habladurías de curiosos, pusieron por escrito lo que vieron y, algunos, creyeron ver. De este modo harían verosímiles los hechos a los que los leyeron u oyeron y, de paso, a ellos mismos, ejecutores de unas gestas que, a menudo, atribuían a una nebulosa gama de ensueños y encantamientos propia de las misteriosas jornadas, rumbo a lo desconocido, que resistieron.

En las fechas, cierto era todo aquello que se manifestaba y fijaba, pese al transcurrir de los días y las noches, mediante la escritura en un soporte material. Aquí está la causa de creer muchos al pie de la letra los prodigios de las *mentirosas historias* caballerescas; incluso Dios no llegó a ser creencia y realidad hasta que se reveló a través del Libro por antonomasia. La lectura ante todo era un asunto de fe, en el seno de una sociedad, la de fines del Medievo y comienzos de la Modernidad, habituada a hacer apropiaciones literales de los textos. Tal vez por ello se temiera en el acto de leer un efecto tan nocivo y perverso en el público menos adiestrado, los *simples*, como la incapacidad de distinguir entre invención y revelación, dos extremos con límites imprecisos y equiparables en unos excesos fantásticos que tampoco faltan en los relatos de viajeros (González Sánchez, 2003, p. 79).

Durante la Antigüedad y la Edad Media escribir era algo del todo excepcional y drásticamente conectado a determinadas minorías sociales y obligaciones laborales; pero, en la alta Modernidad, todavía imperio de la voz y el oído frente al ojo, va siendo una práctica, cada vez más necesaria y útil, en progresivo ascenso y valoración.

El establecimiento de la imprenta, los primeros atisbos del “Estado Moderno” y el desarrollo de las actividades económicas burguesas impulsaron la alfabetización en grupos antes casi totalmente ajenos a ella (la baja nobleza, los mercaderes y, menos, artesanos y algunos segmentos de los trabajadores urbanos, el campesinado y las mujeres), circunstancia que, en buena medida, explica la cantidad de testimonios escritos que nos ha llegado del descubrimiento y conquista de los nuevos mundos.

Son tiempos, en definitiva, en los que el hombre contempla la transformación del universo, alteración en la que interviene el fluir, de un lado a otro, de las letras de Lutero, Calvino, Erasmo, Tomás Moro, Maquiavelo, Valla, Nebrija, Montaigne; y las imágenes de Miguel Ángel, Botticelli, Durero, Rafael, el Greco y el Bosco, que también ayudarán a modificar la visión del hombre y del mundo (Guirado, 2001). Vayamos por partes.

Las relaciones del descubrimiento y conquista de los nuevos mundos conforman un tipo de escritura privada, en ebullición desde el siglo XIV, procedente de los diarios y memorias de testigos oculares de una geografía amenazante. Los artífices de estas tentativas personales, de viajes iniciáticos o caminos de perfección y *virtus*, se convierten en autores y creadores cuando representan por escrito sus vivencias. Espectadores y observadores de sus propias vidas, de una experiencia existencial al borde del abismo, superponen el yo testigo al yo protagonista en unos relatos, a veces “oficiales”, que, simultáneamente, informan, interesan y entretienen (Pimentel, 2003, p. 35). En estas vías de iniciación, catárticas, encuentran el mundo exterior que conectan con el imaginario de su intimidad, la que, transgrediendo la norma cotidiana, introducen en una dimensión diferente -el enigmático espacio del otro- que pretenden apropiarse para, así, deshacer su misterio. Pero todavía no está bien definida la conciencia del yo privado en unas autobiografías en las que el testimonio de los acontecimientos estructura el tiempo narrativo (Foisil, 1991, p. 331). Escribir un diario es una tradición cristiana estrechamente conectada con la lucha interior del alma.

Navegantes y conquistadores, héroes renacentistas frente a lo imprevisto del destino y de confines abiertos e inabarcables, aún desplegando rasgos épicos y guerreros medievales, eligen desempeñar un papel polifacético -encontrar, dominar, experimentar- en la aventura del viaje oceánico, una hazaña que posibilita el conocimiento y la construcción de una diversa y diferente realidad. Ésta, a su vez, influye en el devenir vital del navegante, que en multitud de ocasiones emprende una ruta sin retorno a unos lugares donde encuentra una frontera, llena de bondades y promesas, en la que se proyectan aspiraciones, ilusiones y miedos. Allí, muchos terminarán desarrollando una nueva vida (Wolfzettel, 2005, p. 10).

La aventura, vía de purificación cuya meta es la victoria, conlleva superar el miedo a lo desconocido, someterlo y dominarlo. A lo largo del recorrido de un mundo diferente y extraño, el *homo viator*, vulnerable ante lo nuevo y el destino, sigue siendo presa fácil de lo imprevisible, peligroso, inestable y mutante, circunstancias que le obligan a una constante actitud de superación. Se pierde, así, la tan necesaria, para los hombres de entonces, sensación de seguridad. Mas lo extraño y lo desconocido irán entrando en el ámbito de lo verosímil y testimonial de los acontecimientos narrados, pero sin anular del todo la confrontación con lo mágico, maravilloso e inexplicable.

El punto de partida del relato, como enfatizan sus autores y protagonistas, es la difícil realidad a la que se enfrenta el nuevo aventurero del Renacimiento, un héroe ambicioso que ya no cuenta con una adversidad predeterminada sino sólo con la fortuna, su astucia e ingenio, y una angustia constante. La conciencia de dependencia de la fortuna, cambiante y caprichosa, deshace inmunidades e incrementa el miedo, el recelo, la inquietud y la ansiedad, todos, símbolos de la muerte en unos escenarios ignotos, desconcertantes y a merced de la ventura. Hacía tiempo que los humanistas aconsejaron no confiar en la volubilidad y ligereza de la fortuna y, en cambio, aceptar el destino como una consecuencia directa de las actuaciones humanas. Leamos al humanista florentino Guicciardini (1483-1540):

Aquellos también que, atribuyéndolo todo a la prudencia y a la virtud, excluyendo cuanto pueden el poder de la fortuna, tendrán al menos que confesar que importa bastante encontrarse o nacer en un tiempo en que las virtudes o cualidades por las cuales uno se estima a sí mismo sean consideradas valiosas (Guicciardini, 1986, p. 81).

Y a Alberti (1404-1472):

para conseguir renombre, dignidad y fama, no valga más la virtud que la fortuna [...] Las leyes, los virtuosos principios, los prudentes consejos, los hechos fuertes y constantes, el amor a la patria, la fe, la diligencia, las prácticas castigadísimas o elogiadísimas de los ciudadanos, siempre pudieron, o bien sin fortuna ganar y adquirir fama, o bien con fortuna extenderse mucho y alcanzar la gloria, y ellos mismos conseguir gran valor para la posteridad y la inmortalidad (Alberti, 1986, p. 79).

O, del Cuatrocientos español, a Juan de Mena (1411-1456):

*Tus casos fallaçes, Fortuna, cantamos,
estados de gentes que giras e trocas;
tus grandes discordias, tus firmezas pocas,
Y los qu'en tu rueda quexosos fallamos
(Mena, 1996, p. 55).*

La angustiosa percepción de la fugacidad y caducidad de la vida da paso a una concepción del tiempo más inconcreta y alegórica, de una eternidad inalcanzable y de un transcurso terreno imparable. Para Soler (2003, p. 335), es la toma de conciencia del tiempo sin tiempo y de la realidad vivida según la medida del hombre, dos extremos que incrementan el contenido simbólico y trágico de la existencia.

En aquella era todavía predominaba la cultura oral, sujeta al adiestramiento de la memoria, apuesta psíquica basada en la manipulación del recuerdo de imágenes y lugares (Le Goff, 1991). Desde la Antigüedad, dicho ejercicio alcanzó la categoría de todo un arte que, en la tradición europea, formaba parte de la retórica, dentro de la cual formuló preceptos y reglas entre los que la vista adquiere primacía sobre los demás sentidos. En efecto, la memoria se educaba mediante una persistente evocación visual, sobre todo a partir de las cosas que dejan impresión sensorial en la mente. Las percepciones oculares, como expuso Aristóteles en *De anima*, son elaboradas en la imaginación, una facultad considerada el soporte del intelecto. La mnemónica, o *memoria artificial*, pues, enseñaba el manejo de las imágenes mentales, y su carga emotiva, con el fin de intensificar recursos mnemotécnicos y favorecer procesos intelectivos que contribuyeran a la expresión de la personalidad individual (Yates, 2005). Luego no es de extrañar la capacidad memorística de nuestros autores, más en aquellos que gozaron de una formación intelectual al menos media, un tramo educativo en el que se estudiaba gramática y retórica, los dos fundamentos académicos del discurso escrito y hablado.

Los más, así, sólo se apoyan en escrituras efímeras o provisionales, es decir, anotaciones y apuntes de papeles sueltos, diarios y cartapacios tomados durante el periplo. Sin embargo el escrito les posibilitaba abstracciones, distanciar el conocimiento personal de los lugares de referencia, separar al que sabe de lo sabido y ciertas condiciones de objetividad.⁶ Tiempo atrás, el falaz y ficticio Mandeville (1984, p. 182), aquel caballero inglés que a los 24 años, y entre 1356 y 1357, dice haber

⁶ A la *distancia* como axioma historiográfico Ginzburg dedicó un libro fundamental: *Ojazos de madera: nueve reflexiones sobre la distancia* (2000).

llegado hasta Oriente; ya viejo acude a sus recuerdos con la decisión de componer un relato para dar aliento a quienes desean experimentar las fantásticas escenas que vio. Porque “agora soy venido a reposar en edad de viejo antiguo, y acordándome de las cosas pasadas, he escripto, como mejor pude, aquellas cosas que vi y oí por las tierras por donde anduve”.

Entre los primeros informadores, de la segunda mitad del siglo XV, que tenemos de África, el comerciante alemán Martin Behaim (1459-1507) (1983, p. 26) debe la relación de su viaje con Diogo Cão (1485) al recuerdo, con algunos lapsos, de la narración oral que le hizo Diogo Gómez, un servidor del infante don Enrique que siquiera participó en tres expediciones a tierras africanas (1444, 1456 y 1460)⁷. Bernal Díaz del Castillo (+1585) al igual asume la decisión “viejo de más de ochenta y cuatro años”, cuando ha perdido sus dos ejes de percepción de la novedad, “la vista y el oír” (1997, p. 616); y, a la zaga de guerreros-escritores ilustres, continúa:

Es bien que aquí haga relación, para que haya memorable memoria de mi persona y de los muchos notables servicios que he hecho a Dios y a su Majestad y a toda la cristiandad, como hay escripturas y relaciones de los duques y marqueses y condes ilustres varones que sirvieron en las guerras y también para que mis hijos y nietos y descendientes oseen decir con verdad (Díaz del Castillo, 1997, p. 616).

Américo Vespucio (1454-1512) (1951, p. 121), en Sevilla el 18 de julio de 1500, escribió una carta a Lorenzo di Pier Francesco de Medici dándole nuevas de sus viajes y de las tierras míticas que en adelante espera encontrar -la Isla Taprobana, entre el mar Índico y el Gangético-, pero, evitando ser prolífico, apostilla “Quito muchas cosas dignas de memoria para no ser más prolífico de lo que soy y que reservo en la pluma y la memoria”. No menor es el caudal memorístico del culto obispo Reginaldo de Lizarraga (1545-1615), incansable viajero por las fabulosas longitudes de América del Sur en la segunda mitad del Quinientos, que “descendiendo en particular a nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué a este Perú más ha de cincuenta años el día que esto escribo” (Lizarraga, 1987, p. 56)⁸.

La pérdida de anotaciones y apuntes no impidió al florentino Francesco Carletti (1573-1636) (1976, p. 7) el recuerdo, más o menos preciso, de sus andanzas. De

familia mercantil y mercader de profesión, fue enviado joven a Sevilla por su padre para que aprendiera el oficio. Buen sitio la capital del Guadalquivir, la plataforma europea de los negocios con el Nuevo Mundo, y solar de numerosos comerciantes italianos, donde iniciarse en el menester de la mercadería. Llegó desde Florencia, con 18 años, en 1591, pero tres años más tarde (1594) decide salir a conocer las Indias Occidentales, un empeño que, hasta 1606, le llevará a Filipinas. Su viaje, años después, devino relación escrita que dedicó al duque Fernando de Medici, advirtiéndole de que

El haber yo, Serenísimo Príncipe, junto con mis bienes de fortuna, perdido además todos mis escritos y memorias, que había hecho de los viajes realizados por mí al circundar todo el mundo, será causa de que yo no pueda así contar minuciosamente a V. A. todos los pormenores de cuanto vi y había observado y anotado en mis mencionados escritos; de los cuales no me queda más que una poca memoria fatigada por las miserias que me acaecieron: la cual trataré de recuperar lo mejor que me sea posible e ir rememorando sólo las cosas que he hecho y visto en mis dichos viajes.

También el portugués André Donelha (1977, p. 1) tuvo la bondad de anotar cuanto vio en Guinea, notas que, viendo el interés del Gobernador y Capitán General Francisco de Vasconcelos da Cunha, se anima a poner en limpio en noviembre de 1625. En el proemio le justifica la labor ejecutada:

Fui na minha mocidade corioso de ver, andar, preguntar e saber os costumes e cousas das terras em que andei, e de tudo fiz um memorial. E ora, vendo en Vossa Senhoria coriosidade de saber as particularidades do noso Guiné, distrito do governo de Vossa Senhoria, detreminei gastar algumas horas em os tresladar e tirar a limpo, pois a menhum que o mesmo carego tivesse podia oferecer esta obra que mais grato fosse e debaixo de suas alas a emparasse.

Por tanto, nada mejor para aislarse de un espacio agobiante, el del navío o el de la nueva tierra, que refugiar el alma en la escritura. No en vano, plumas, papel y tinta, desde los inicios de la empresa descubridora, fueron elementos usuales en los pertrechos de los barcos y en los equipajes de nuestros protagonistas.

⁷ Este afamado viajero alemán, brillante aficionado a la geografía y la astronomía, se estableció en Portugal en 1484.

⁸ Este relato, al estilo de la crónica de Cieza de León, permaneció inédito durante tres siglos. Lizarraga, nacido en Medellín (Extremadura) hacia 1539, llegó a Quito con sus padres cuando tenía 15 años. En 1560 ingresa en la orden dominica, el inicio de una carrera eclesiástica que culmina ocupando la mitra de varias diócesis americanas y llegando a ser provincial de la nueva provincia dominica de San Lorenzo Mártir (Chile, Paraguay y Argentina). En 1588 en Córdoba (Argentina) le cuenta un superviviente la expedición de Sarmiento de Gamboa al Estrecho de Magallanes (1583). Muere en 1609.

Referencias

ALBERTI, L.B. 1986. *I libri della famiglia*. Barcelona, Ariel, 146 p.

AMELANG, J. 2005. De la autobiografía a los ego-documentos: un fórum abierto. *Cultura Escrita & Sociedad*, 1:15-122.

ANGLERÍA, P.M. 1953. *Epistolario*. Madrid, Documentos Inéditos para la Historia de España, vol. I, 1273 p.

BEHAIM, M. 1983. *De Prima Inventione Guynee*. Lisboa, Presença, 264 p.

BURKE, P. 2000. *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza, 307 p.

CARLETTI, F. 1976. *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 205 p.

CASTILLO, A. 2006. *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los siglos de oro*. Madrid, Akal, 288 p.

CIEZA DE LEÓN, P. 1985. *Crónica del Perú*. Madrid, Orbis, 497 p.

CORNELIO AGRIPA, E. 1992. *Filosofía oculta: magia natural*. Madrid, Alianza, 282 p.

CHARTIER, R. 1996. *Les pratiques de l'écriture dans les sociétés de l'Ancien Régime*. Lyon, Université Lumière Lyon, 256 p.

CHARTIER, R. 2000. *Las revoluciones de la cultura escrita*. Barcelona, Gedisa, 198 p.

DE CERTEAU, M. 1999. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 334 p.

DE LÉRY, J. 1927. *Le voyage au Brésil: 1556-1558*. París, Payot, 476 p.

DELUMEAU, J. 2004. *Historia del Paraíso*. Madrid, Taurus, vol. 2, 701 p.

DE NAVARRA, P. 1569. *Dialogos de la diferencia del hablar al escribir*. Tolosa, Jacobo Colmeiro, 345 p.

DÍAZ DEL CASTILLO, B. 1997. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, Espasa Calpe, 455 p.

DONELHA, A. 1977. *Descrição da Serra Leoa e dos rios de Guiné do Cabo Verde (1625)*. Lisboa, Centro de Estudos de Cartografía Antiga, 484 p.

ELLIOTT, J.H. 2006. *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*. New Haven, Yale University Press, 554 p.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. 1978. *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias (1526)*. Madrid, Espasa-Calpe, 337 p.

FOISIL, M. 1991. La escritura del ámbito privado. In: P. ARIÈS; G. DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*. Madrid, Taurus, vol. V, p. 331-369.

FOUCAULT, M. 1984. Des autres espaces: heterotopías. In: M. FOUCAULT, *Dits et écrits*, vol. 5, p. 46-49.

FOUCAULT, M. 1990. *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós, 152 p.

GINZBURG, C. 1994. *Mitos, emblemas, indicios: morfología e historia*. Barcelona, Gedisa, 268 p.

GINZBURG, C. 2000. *Ojazos de madera: nueve reflexiones sobre la distancia*. Barcelona, Península, 272 p.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C.A. 2003. Círculo a la imaginación: lectura y censura ideológica en la España del siglo XVI. In: A. CASTILLO (ed.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América: siglos XIII al XVIII*. Salamanca, Junta de Castilla y León, p. 79-106.

GOODY, J. 1996. *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona, Gedisa, 383 p.

GRUZINSKI, S. 2010. *Las cuatro partes del mundo: historia de una mundialización*. México, Fondo de Cultura Económica, 480 p.

GUICCIARDINI, F. 1986. *Ricordi*. Barcelona, Ariel, 235 p.

GUIRADO, M.C. 2001. *Relatos do descubrimento do Brasil: as primeiras reportagens*. Lisboa, Instituto Piaget, 305 p.

JARDINE, L. 1997. *Worldly Goods: A New History of the Renaissance*. London, Macmillan, 470 p.

LE GOFF, J. 1991. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona, Paidós, 270 p.

LIZARRAGA, R. 1987. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Madrid, Historia 16, 414 p.

LOARTE, G. 1924. *Memorial dirigido al Presidente del Consejo de Indias, Cuzco, 24 de octubre de 1572*. Madrid, [s.n.], 345 p.

LÓPEZ ESTRADA, F. 2003. *Libros de viajeros hispánicos medievales*. Madrid, Laberinto, 156 p.

LLEDO, E. 2000. *El surco del tiempo*. Barcelona, Crítica, 231 p.

MANDEVILLE, J. 1984. *Libro de las maravillas del mundo*. Madrid, Visor, 313 p.

MC LUHAN, M. 1998. *La galaxia Gutenberg: génesis del homo typographicus*. Barcelona, Círculo de Lectores, 419 p.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. 1953. *Epistolario*. Madrid, Documentos Inéditos para la Historia de España, vol. I, 1273 p.

MENA, J. 1996. *Laberinto de Fortuna*. Madrid, Cátedra.

O'GORMAN, E. 1958. *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*. México, Fondo de Cultura Económica, 193 p.

ONG, W.J. 1987. *Escritura y oralidad: tecnologías de la palabra*. México, Fondo de Cultura Económica, 190 p.

PIMENTEL, J. 2003. *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid, Marcial Pons, 342 p.

PLUMMER, K. 1989. *Los documentos personales: introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*. Madrid, Siglo XXI, 202 p.

RAMA, A. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 257 p.

ROCHE, D. 2003. *Humeurs vagabondes: de la circulation des homes et de l'utilité des voyages*. París, Fayard, 287 p.

SHAPIN, S. 2000. *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona, Paidós, 250 p.

SOLA, E. 2005. *Los que van y vienen: información y fronteras en el Mediterráneo clásico del siglo XVI*. Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 253 p.

SOLER, I. 2003. *El nudo y la esfera: el navegante como artífice del mundo moderno*. Barcelona, El Acantilado, 643 p.

SUBRAHMANYAM, S. 1997. Connected Histories: Notes toward a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. In: V. LIEBERMANN (ed.), *Beyond Binary Histories: Re-imagining Eurasia to C. 1830*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, p. 289-315.

TODOROV, T. 1987. *La conquista de América: la cuestión del otro*. México, Siglo XXI, 277 p.

VESPUCIO, A. 1951. *Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Buenos Aires, Ediciones Nova, 286 p.

WOLFZETTEL, F. 2005. Relato de viaje y estructura mítica. In: L. ROMERO; P. ALMARCEGUI (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Toledo, Akal, p. 10-24.

YATES, F.A. 2005. *El arte de la memoria*. Madrid, Ediciones Siruela, 482 p.

Submetido: 10/12/2013
Aceito: 08/01/2014

205

Carlos Alberto González Sánchez
Universidad de Sevilla
C/ S. Fernando, 4, C.P. 41004-Sevilla, España